

La escuela rural (1939-1951) y su contexto. Entrevista a una alumna segoviana

Rural school (1939-1951) and its context. Interview with a student segoviana

Miriam Sonlleva Velasco

Fecha de recepción del original: octubre 2016

Fecha de aceptación: noviembre 2016

Resumen

El presente trabajo expone una entrevista realizada a una mujer octogenaria de un pueblo de la provincia de Segovia con preguntas que inciden en su etapa infantil. A través de las mismas pretendemos recuperar dimensiones relevantes de su experiencia escolar así como el recuerdo de una infancia marcada por la posguerra. Esta entrevista rescata uno de los testimonios de aquellos estudiantes de clase popular que han sido comúnmente silenciados por la historiografía tradicional y da muestras de la importancia de la recuperación de fuentes orales vivas como principal método para la reconstrucción de nuestra memoria histórico-educativa reciente.

Palabras clave: escuela rural; franquismo; mujer; posguerra; Segovia.

Abstract

This article presents an interview conducted by an octogenarian woman from a town in the province of Segovia with questions that affect her childhood stage. Through these we pretend to recover relevant dimensions of their school experience as well as the memory of a childhood marked by the postwar period. This interview rescues one of the testimonies of those popular class students who have been commonly silenced by traditional historiography and shows the importance of the recovery of living oral sources as the main method for the reconstruction of our recent historical-educational memory .

Keywords: rural school; franco; woman; postwar; Segovia.

Introducción

La presente entrevista es un extracto de uno de los relatos de vida que está realizando la autora, para la elaboración de un trabajo de tesis doctoral. El objetivo principal de la misma es profundizar en el conocimiento escolar de la posguerra en la provincia de Segovia a través del recuerdo de los estudiantes de escuelas públicas nacionales.

La entrevista que presentamos es una transcripción adaptada en la que abordamos preguntas enfocadas al conocimiento de aspectos metodológicos y curriculares de aquella escuela del primer franquismo, así como otras relacionadas con el conocimiento de dimensiones relevantes de la experiencia infantil de la participante.

Contexto socio- histórico de Segovia en la posguerra

Segovia fue una de las ciudades que se rindieron con mayor facilidad a las órdenes del Régimen desde el principio de la sublevación militar de 1936. A pesar de la resistencia obrera de algunas zonas como la Granja de San Ildefonso, El Espinar, Valsaín o las comarcas de Cuéllar y Santa María la Real de Nieva, la provincia cayó en manos del bando franquista a finales de julio de ese mismo año. Los meses que siguieron a aquella fecha fueron vividos bajo una gran represión que afectó a 356 personas de un total de 180417 habitantes en este territorio¹.

Las actividades económicas más importantes de la zona en aquellos años eran la agricultura y la ganadería. A ellas se unían una escasa industria, un pequeño número de propietarios y una reducida cifra de obreros, que desempeñaban su labor en actividades del campo, la resina, la madera y el ferrocarril².

La población activa de finales de los años treinta en Segovia suponía 59436 habitantes, lo que representaba un 34,12% del total. Dentro de este número de trabajadores, merecen una especial mención las mujeres y los niños, cuya labor fue determinante para la subsistencia de muchas familias, pero sus salarios y su consideración social eran menores que la del hombre. El número de niños menores de quince años, que se registran trabajando legalmente en estos años, asciende a unos 3121 y la cifra de mujeres se sitúa en torno a 3002. Huelga decir que el resto de mujeres y niños no asalariados que también contribuían con su mano de obra al mantenimiento de la economía familiar supera con creces estas cifras.

¹ VEGA SOMBRÍA, Santiago (2002). *Control sociopolítico e imposición ideológica: la provincia de Segovia 1936-1939. Un episodio de la implantación del Régimen de Franco* (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2002).

² VEGA SOMBRÍA, Santiago (2007). Las manifestaciones de la violencia franquista. *Hispania Nova*, 7, pp. 6-10.

La población activa femenina no abundaba, ya que solo el 5% de las mujeres segovianas estaban empleadas legalmente. Dentro de este grupo de mujeres, el 51,59 % se dedicaba al servicio doméstico, el 16% formaban parte del clero regular, tan solo un 8,99% se dedicaban a profesiones liberales, especialmente a la enseñanza primaria, y el resto se repartían en profesiones como la agricultura o el comercio³.

Por sectores, la agricultura ocupaba en la provincia a más de un 53% de la población. Las familias agrícolas solían vivir en las zonas rurales y poseían pequeñas extensiones de tierra que cultivaban entre padres e hijos. A la economía familiar contribuía alguna cabeza de ganado que ayudaba no solo a las labores del campo, en el caso del ganado bovino, sino también a la alimentación.

Los habitantes de la capital centraban su actividad en el comercio y el trabajo en la industria de harinas, loza, teja y las fábricas, cuya instalación se encontraba en las afueras de Segovia. A pesar de que la Asociación Patronal del Comercio y de la Industria Segoviana y su provincia se adhirieron al Régimen desde los primeros días de la Guerra Civil, el conflicto bélico produjo un gran retroceso para la producción segoviana. En 1934 el censo provincial databa en 1142 las industrias que existían en la región, que pasaron a reducirse a 832 en el año 1940. Las bajas se localizaban de forma mayoritaria en la provincia, sobre todo aquellas relacionadas con el mundo alimenticio, las artes gráficas y el metal⁴.

La notoriedad de la Iglesia en la capital puede demostrarse por el número de religiosos que con ella contribuían (554). A este grupo se sumaban más de 950 personas que se repartían entre seminaristas, profesores e internos eclesiásticos⁵.

En cuanto al plano demográfico, la década de los años cuarenta se caracterizó en Segovia por la expansión vegetativa. La población de la capital segoviana aumentó en 5075 habitantes y en la provincia en 4229 personas. Estos datos chocan con la reducción de la natalidad que se registró en el primer quinquenio de la década gracias al aumento del control de la natalidad y a las condiciones económicas de la guerra.

Los avances médicos permitieron conseguir que la mortalidad, a pesar de ser alta, fuera descendiendo tras la Guerra Civil. Los factores que causaban más muertes entre los segovianos cambiaron de forma significativa en estos años de posguerra. Las afecciones cardiacas suponían la primera causa mortal, seguidas de la tuberculosis, las enfermedades infecciosas, las dolencias del aparato

³ VEGA SOMBRÍA, Santiago (2002), *op. cit.*, 28.

⁴ DE LA FUENTE NUÑEZ, Rubén (2007). *Evolución histórica de Segovia 1900-1936* (Trabajo de Tercer Ciclo, Universidad Complutense de Madrid), 88.

⁵ VEGA SOMBRÍA, Santiago (2002), *op. cit.*, 28

digestivo y el cáncer⁶. Junto a ellas, el hambre y las malas condiciones sanitarias fueron el cebo para las capas sociales con menores recursos, convertidas en el principal foco de decesos de aquellos años.

La construcción del nuevo escenario político, social y económico que dibujaba el fin de la guerra comenzó con la ordenación de leyes que hicieron cambiar desde el nombre de las calles de la capital y sus pueblos, que supusieran un ultraje a los principios fascistas⁷, hasta el nombre de los habitantes que tuvieran ciertos toques extravagantes o extranjeros⁸. Nada quedaba en manos de la improvisación y para ello trabajaban sin descanso un amplio número de alcaldes franquistas de reciente nombramiento.

La prensa, la radio, el cine, la literatura, el trabajo y el ocio eran controlados por un gobierno local que buscaba adoctrinar a la población. El miedo, la humillación y el abuso de poder hicieron gala en cada uno de los actos públicos, dando constancia de la fuerza del Régimen.

La cultura fue tomada, y frente a ella se impuso la violencia. Nombres muy apreciados en la provincia durante la República, como los de Antonio Machado o Agapito Marazuela, que animaban el plano cultural segoviano con sus charlas, sus enseñanzas y su folclore fueron condenados al silencio. El canto de himnos nacionales y la celebración de actos religiosos fueron actividades recurrentes para la población segoviana que sobrevivió a la guerra.

Pero la represión no solo fue vivida por la población adulta, sino también por la infantil. Las escuelas segovianas, igual que el resto de centros educativos españoles, jugaron un papel fundamental en el asentamiento y sostenimiento del cambio político que vivió España a mediados del siglo XX. La población infantil se convirtió en un objetivo clave para la Dictadura, pues el adoctrinamiento de la infancia aseguraría la reproducción social y política del Régimen.

Para conseguir este objetivo, las aulas fueron desinfectadas de ideas liberales, no solo depurando a sus maestros, sino también eliminando aquellos libros y materiales educativos que transmitieran una ideología contraria al Régimen y restableciendo en materia educativa las competencias a la Iglesia, de las que años atrás había sido despojada. Los crucifijos, las consignas religiosas, los rezos y las prácticas católicas diarias devolvieron a las escuelas a una educación clasista y rancia.

El obispo de Segovia, Luciano Pérez Platero, dictó en el curso académico 1936-1937 unas normas concretas para la actuación de los párrocos en las escuelas de la provincia. A la doctrina de la catequesis parroquial se unía la obligación de los sacerdotes a visitar las escuelas, al menos una

⁶ FOLGADO PASCUAL, Juan Antonio y SANTAMARÍA LÓPEZ, Juan Manuel (2002). *Segovia, 125 años. 1877-2002* (Segovia: Caja Segovia. Obra Social y Cultural), 20-23.

⁷ Orden de 5 de mayo de 1936 del Ayuntamiento de Segovia.

⁸ Orden del Ministerio de Justicia de 18 de mayo de 1938.

vez por semana, para repasar el catecismo y compenetrarse con la labor de los maestros⁹. Pero no solo los sacerdotes tenían la obligación de visitar la escuela, sino que a los maestros también se les impuso la obligación de acompañar a los estudiantes a la misa dominical y a los actos religiosos importantes, como las comuniones y las confirmaciones¹⁰.

El maestro se convirtió en una pieza clave para llevar a cabo la transmisión de enseñanzas del Nuevo Estado y para demostrar que cumpliría fielmente con su labor, se sometieron a 702 docentes de la provincia a un proceso de depuración que cifró en 184 el número de sancionados¹¹.

La exaltación de la religión y del sentimiento patrio unido a una educación con fuertes sesgos sexuales y clasistas sometió a varias generaciones de niños y niñas al silencio y la sumisión.

Presentación de nuestra protagonista

Felisa nació en el año 1937 en el seno de una familia de clase popular de la provincia de Segovia. Su padre era labrador y su madre se encargaba de las labores del hogar. El matrimonio tuvo siete hijos que fueron viendo morir durante sus años de infancia por las condiciones económicas y sanitarias del momento. Solo Felisa logró sobrevivir.

La primera infancia de la protagonista transcurrió entre las vivencias familiares del duelo por la pérdida de sus hermanos y las experiencias del hambre y la falta de medios sentidas por la población con menos recursos. La tristeza, la añoranza y la turbación se apoderan de sus primeros recuerdos de niñez.

A los seis años, sus padres le matriculan en la escuela pública del pueblo, en la que recibe, en el aula femenina, su educación primaria hasta los catorce años. En este tiempo es instruida por la maestra del pueblo, doña Pilar, una mujer admirada en la localidad por su cultura y elegancia.

Entre sus vivencias escolares queda especialmente marcada la educación separada por sexos, el aprendizaje de los rudimentos de la lectura, la escritura y el cálculo, la falta de medios y materiales escolares y la importancia de la Religión en el currículum escolar. Pero sus recuerdos infantiles trascienden la rutina escolar y muestran otras dimensiones relevantes de su experiencia infantil. La pérdida de sus hermanos dejó al núcleo familiar sin mano de obra masculina para el trabajo del campo, por lo que Felisa tuvo que emplearse desde muy joven en las labores del campo y contribuir en las tareas del hogar. En su relato narra la tristeza con la que vivió su condición femenina, por no poder colaborar como lo hubiera hecho un hombre, en las tareas del campo.

⁹ VEGA SOMBRÍA, Santiago (2002), *op. cit.*, 28.

¹⁰ Circular de la Inspección Provincial de Primera Enseñanza de 3 de diciembre de 1936.

¹¹ VEGA SOMBRÍA, Santiago (2004). La represión en la provincia de Segovia en los orígenes del Régimen de Franco. *Hispania Nova*, 4, pp. 5-10.

Sus espacios de ocio infantiles los dedica a una de sus principales aficiones, la costura.

A los catorce años, tras recibir el Certificado de Estudios Primarios, Felisa deja de estudiar. La maestra anima a sus padres para que continúe sus estudios en un instituto de la capital, pero su familia, con pocos recursos económicos, considera que con la educación elemental recibida hasta su adolescencia es suficiente para que la protagonista pueda desenvolverse en su vida adulta. Prefieren que Felisa tenga una formación en la que mejore sus conocimientos de costura, ya iniciados durante la escuela, con una profesora particular.

Su adolescencia se limita en exclusiva a la vida en el pueblo y a la contribución en las labores del hogar y del campo. Sin trabajo y sin expectativas académicas, poco a poco va comprendiendo que su papel social quedará reducido al ámbito privado. Tras algún tiempo de noviazgo, se casa a los veintidós años con Basilio, un joven procedente de una familia también del pueblo.

Los primeros años de casada ve cómo comienzan a restringirse sus salidas sociales y debe someterse a los deberes que exige el matrimonio. Da a luz a tres hijas y lucha porque tengan estudios superiores que las permitan ser autónomas e independientes.

Durante sus años de juventud, asiste a algunos cursos de formación de cocina y costura que la Sección Femenina imparte en el pueblo para formar a madres y esposas. Estas actividades, junto con su contribución en las tareas de la agricultura y la ganadería de las que se mantiene el núcleo familiar y el cuidado de sus hijas, ocupan su tiempo.

El cuidado y la pérdida de sus padres y suegros marcan sus años de madurez. Tras la jubilación, dedica su vida al cuidado de sus nietos y a practicar sus aficiones, la lectura y la costura.

Con sus vivencias infantiles vamos a rescatar el recuerdo de un relato rural femenino de la posguerra.

Datos de la entrevista

La entrevista fue realizada en el año 2013, en la provincia de Segovia. Tiene una duración de tres horas y fue recogida a través de dos grabadoras de voz y posteriormente transcrita.

Entrevista

Comenzamos a hablar sobre el lugar en el que naciste... ¿cómo recuerdas tu pueblo en aquellos años?

Nací en el año 1937, en un pueblo a cinco kilómetros de Segovia. En estos años, era un lugar muy atrasado, pequeño, con pocos habitantes y poblado por familias en su mayoría de clase social baja, gente pobre. Los hijos de esas familias, igual que yo, dejaron de estudiar después de terminar el colegio porque no había dinero.

En Hontoria, que así se llama mi pueblo, las familias se dedicaban principalmente a la agricultura y la ganadería y pasaban el día trabajando en el campo y cuidando del ganado. Los hombres, cuando salían de trabajar, iban a la taberna a echar sus partidas de cartas y a charlar un rato y, mientras, las mujeres se encargaban de las cosas de casa y cuidaban a los hijos. La vida de aquellos años era dura. Las casas eran antiguas, no tenían agua corriente y las condiciones eran muy malas. Recuerdo que las mujeres fregaban los cacharros de la cocina en una cacera con un poco de arena y agua y lavaban la ropa en un río que estaba a seis kilómetros del pueblo... Bueno, ropa..., cuatro trapos que es lo que teníamos entonces...

Vamos a ahondar un poco más sobre tu infancia. ¿Qué recuerdas de aquellos años siendo niña?

La verdad es que mi infancia yo la recuerdo como un periodo triste. Fueron años muy duros en los que se pasaba muy mal, no había qué comer, veías cómo la gente se moría de hambre y de enfermedades y convivías con eso a diario. Mucha gente no aguantaba tanta presión y era frecuente que algunos se tiraran al tren. Y a los que no se suicidaban, les mataban... Todavía recuerdo una imagen de niña en la que veía camiones llenos de gente, a la que los militares iban a buscar a sus casas, y les llevaban a matar a una ladera cercana al pueblo por tener ideas del otro bando... Fueron tiempos difíciles, la gente tenía miedo de que la pudieran matar y no se hablaba de política, aunque la verdad la política no importa mucho cuando no tenías qué llevarte a la boca... Así pasaba que la gente estaba muy castigada. Los padres que eran jóvenes, parecían auténticos ancianos, se notaba que habían sufrido mucho por la guerra. Había muy poca higiene y también muchas enfermedades y la esperanza de vida era muy corta porque la gente no se podía pagar los tratamientos para curar las enfermedades.

Aquí en el pueblo no había centro médico, vivía un médico de cabecera en una casa cercana a la plaza. Cuando una persona se ponía enferma, la familia le avisaba y venía a verte a casa todos los días. Te mandaba a la botica, a Segovia, para comprar los medicamentos, pero como no había Seguridad Social, las cosas costaban muy caras, así que, cuando alguien enfermaba, acababa muriendo.

Cuando pienso en mi infancia, recuerdo a mis hermanos... Tuve seis y solo quedé viva yo. Todos murieron de pequeños, algunos porque mi madre no les pudo amamantar y mis padres se los dejaban a otras mujeres para que les criaran, pero ellas tampoco tenían leche y los niños morían; y otros por enfermedades... Las muertes de los niños eran muy tristes, se sentían desde el corazón. Recuerdo cómo la familia se ponía de luto y no salía de casa nada, nada, nada... Los lutos eran muy rigurosos, de tres años por lo menos, y durante ese tiempo no se hacía nada, ni fiestas, ni ir al baile, ni nada de eso... La familia preparaba el velatorio en casa, tumbaban al niño en el ataúd, que recuerdo que era blanco, y después de veinticuatro horas las niñas del pueblo se encargaban de coger la caja "a hombros" y le llevaban hasta el cementerio, son recuerdos muy tristes.

Los niños que vivimos aquellos años no teníamos de nada, ni ropa, ni comida... ¡ni siquiera para jugar! Ni muñecos, ni juegos... Recuerdo que para los Reyes unos amigos de mis padres de Madrid, que el padre era ebanista, siempre me regalaban algo, y todavía conservo una cajita de madera que me mandaron un año en el que ese fue mi único regalo de Navidad. Cuando mis padres podían, me compraban como regalo una anguilita pequeña que era una cajita redonda con cuatro dulces, bizcocho abajo y confites arriba y con eso me ponía tan contenta.

¿Cómo era la escuela de aquella posguerra?

La escuela estaba en la plaza del pueblo, al lado de la Iglesia. Eran los dos edificios más importantes del pueblo, la escuela y la Iglesia. La escuela era uno de los pocos edificios del pueblo construido en dos plantas. La parte de abajo estaba dividida en dos por un tabique. Una parte era el aula de las niñas y otra la de los niños. Luego, en la parte de arriba estaban las viviendas de los maestros, una para el maestro y otra para la maestra.

Era un colegio en el que pasábamos mucho frío porque solo había para calentarnos una pequeña estufa de hierro, que estaba al lado del sillón de la maestra. Nosotras, las niñas, estábamos deseando de que nos mandara la maestra ir a leer para podernos calentar. Las alumnas éramos las encargadas de que esa estufa funcionara. Teníamos que llevar cada una, el día que nos tocaba, un brazadito de leña y así era como nos calentábamos. Desde luego, por ser un edificio representativo no significaba que tuviera condiciones de ningún tipo. El colegio no tenía servicios y los niños teníamos que hacer nuestras necesidades en las cercas de al lado y tampoco había patio de recreo, hacía las veces del patio la propia plaza del pueblo.

La imagen que tengo de la escuela del pueblo es bastante desoladora... Las paredes eran blancas, el suelo era de cemento, sin baldosas ni nada, había pupitres de madera en los que nos sentábamos dos niñas por cada uno de ellos y todos ellos estaban posicionados frente a la mesa de la maestra, que era la que presidía el aula, acompañada de una pizarra. Había a un lado pegado en la pared un gran mapa de España y encima de la pizarra había un crucifijo, a su lado una foto de Franco y al otro lado una imagen de la Virgen de la Purísima Concepción. Era un espacio muy sobrio, sin cuadros, sin materiales... Por no haber, no había ni estanterías, ni armarios, ¡ni libros! Los libros que utilizábamos para leer los traía la maestra de su casa.

¿Qué puedes contar sobre las rutinas del aula?

Pues mira, a la escuela los niños y las niñas asistíamos toda la semana, de lunes a sábado, en horario de nueve de la mañana a una de la tarde. Luego cada uno nos íbamos a comer a nuestra casa y volvíamos de tres a cinco de la tarde. Por las mañanas, antes de entrar a la escuela, los niños por un lado y las niñas por otro, hacíamos dos filas frente a nuestras puertas de clase. Después venían los maestros (un maestro para los chicos y una maestra para las chicas) y les dábamos los buenos días. Cada uno abría su clase y nosotros entrábamos y nos íbamos poniendo de pie en nuestros pupitres, santiguándonos al entrar por la puerta. Antes de empezar la jornada, rezábamos

un Ave María o un Padre Nuestro cada mañana y después nos poníamos a hacer lo que nos mandaba la maestra. Los dictados, las lecturas y el cálculo ocupaban muchas horas de la mañana, y por la tarde hacíamos costura con la maestra, ¡a ella se le daba fenomenal! Y a nosotros nos encantaba que nos enseñara... Al terminar la jornada, solíamos ir a casa a hacer los deberes y a ayudar en lo que pudiéramos a la familia. Lo cierto es que nadie nos podía echar una mano a hacer las tareas, porque la mayoría de los padres de aquellos años eran analfabetos. Los pobrecillos pasaban el día trabajando y la verdad es que no importaba mucho si tú habías hecho las tareas o no. Yo por las tardes echaba una mano yendo a recoger a las vacas que teníamos pastando. Hay una cosa que a mí me gustaba mucho cuando iba a por las vacas a las fincas cercanas al tren, resulta que a mí me encantaba leer y, como no tenía libros en casa, me sentaba en la cerca de al lado de la vía hasta que pasaba el tren que iba o venía de Madrid. Los viajeros solían tirar las revistas que ya habían leído por las ventanillas y yo iba a recogerlas para poder leer algo... Fueron tiempos muy duros.

¿Cuántos niños y niñas ibais a la escuela?

A la escuela íbamos unos veinte niños de todas las edades, desde los seis hasta los catorce años. Los niños y las niñas estábamos separados, cada uno en nuestra clase, pero no solo nos tenían separados en clase sino también en los recreos. La maestra no nos dejaba ni que habláramos con los chicos y cuidado como nos viera cruzar alguna palabra con ellos que nos castigaba. La plaza del pueblo, no estaba dividida, pero en los recreos nosotras solíamos jugar a la pelota, a la cuerda, a los alfileres... a juegos de niñas, en la parte de abajo de la plaza, y ellos jugaban al escondite o con el balón en la parte de arriba.

Tenía una foto de aquellos años en la que puede verse cómo éramos los niños en aquellos años. Me acuerdo del día que nos hicieron esa foto escolar, yo iba vestida con una bata de cuadros grises y negros y tenía unos pelos horrorosos, me daba vergüenza verme así y una vez de mayor, cuando la vi en un álbum, la cogí y la rompí.

¿La imagen de pobreza de los niños se asemeja con la de los maestros?

No... nada que ver. En aquellos años, maestro no podía ser cualquiera. Las familias pobres no se podían permitir pagar estudios a sus hijos y mucho menos si estos vivían en un pueblo.

Los maestros vivían en Segovia. Venían de familias más pudientes. Nuestra maestra, por ejemplo, tenía muchas tierras y nuestra familia les hacía la labor. Ellos tenían dinero, la maestra siempre venía limpia, con ropa decente y eran personas muy cultas. Nosotros en cambio íbamos como podíamos, tanto los niños como las familias.

¿Y cómo recuerdas a los maestros de aquellos años?

Los recuerdo como personas autoritarias. Tanto la maestra como el maestro. Se les consideraba personas muy representativas y todo el mundo les tenía mucho respeto.

Los niños tenían un maestro que no aguantaba nada a los niños; ellos encima no hacían más que hacerle perrerías y él no dudaba en castigarles y pegarles si hacía falta... Algunas veces les castigaba con los brazos en cruz, otras les daba reglazos en las manos e incluso una vez a un niño que era muy travieso y le puso chinchetas en la silla, el maestro le clavó un timbre en la cabeza. Los niños eran más traviosos que las niñas... nosotras nos portábamos bien con nuestra señorita... ella solo nos castigaba cuando hablábamos en clase o nos pegábamos entre nosotras, pero con esto no quiere decir que doña Pilar fuera una mujer cariñosa... ella mantenía las distancias y era una mujer muy recta y autoritaria. La maestra reflejaba lo que la mujer hacía en la sociedad, aunque a ella se la respetaba en el pueblo más que al resto de mujeres, porque tenía estudios. En aquellos años, que una mujer tuviera estudios era algo especial porque la mayoría de los que los tenían eran hombres.

Por aquello de que los maestros tenían estudios, las familias tampoco les decían nada ni se metían en la educación que daban a sus hijos. De puertas para adentro, lo que pasaba en la escuela, bien hecho estaba para los padres. Si te castigaban o te pegaban, los padres no te defendían a ti, sino al maestro. La verdad es que nuestros padres no iban a la escuela más que para matricularnos el primer día y para despedirse del maestro cuando no íbamos a volver más y es que... poco podían decirles nuestros padres a aquellos hombres con estudios cuando ellos no sabían nada sobre educación.

En los espacios fuera del aula, ¿qué vida tenían los maestros?

Pues... la verdad es que ellos no se integraban mucho en el pueblo porque vivían en Segovia, a pesar de que encima de la escuela el Ayuntamiento les dejaba una vivienda para que no se tuvieran que mover de aquí, pero ellos preferían no quedarse. La maestra subía al pueblo todas las mañanas con el del camión de la leche. Este hombre venía a recoger la leche de las familias ganaderas y la profesora aprovechaba el viaje y se venía con él. El maestro, en cambio, subía andando. Luego, por la tarde, cuando se terminaba la escuela, se bajaban juntos andando a Segovia. La verdad es que la poca distancia (unos ocho kilómetros) que separan a Hontoria de Segovia les permitía poder vivir allí. En otros pueblos, los maestros sí se quedaban a vivir.

Ellos participaban en el pueblo solo en los actos religiosos. No faltaban cada año a las comuniones y las confirmaciones de los niños, de las que a veces eran los padrinos, junto con el alcalde y algunas personas que en el pueblo se consideraban importantes, como el jefe de la fábrica de don Juan Carretero y su hija, que fueron los padrinos de muchos de nosotros. Este hombre daba trabajo a muchas familias del pueblo y por eso se le tenía mucho cariño a él y a su familia.

¿Qué recuerdas acerca de las asignaturas?

Pues lo que más trabajábamos eran la Lectura, la Escritura y el Cálculo... En eso la maestra ponía mucho empeño; bueno, en eso y en que aprendiéramos a coser, que a nosotras era lo que más nos gustaba hacer. Y luego de más mayores ya dábamos Matemáticas, Lengua, Geografía, Historia... y Religión, que esa asignatura la dábamos tanto de forma individual en un horario concreto destinado a ella, como en todas las otras asignaturas.

¿Qué recuerdas de cada una de esas asignaturas?

Lo que primero nos enseñó la maestra fue a leer en una cartilla y a escribir. Una por una, todos los días, la maestra nos llamaba y nos colocaba en una silla al lado de su mesa para enseñarnos a leer. Recuerdo que si te equivocabas, te ganabas algún capón o te daba con la cartilla en la cabeza..., así era como rápidamente aprendíamos. Leíamos en voz bajita, para no molestar a las demás, que estaban haciendo en silencio los ejercicios que ella les mandara. Y a las más mayores que ya sabían leer, pues las llevaba algún libro que traía ella de casa para que practicasen la lectura solas, ellas ya no tenían que ir a leer a la mesa de la maestra.

Algo diferente hacía para enseñarnos a escribir, me acuerdo que nos enseñaba primero las letras y luego ya frases y dictados..., nos obligaba a escribir con la mano derecha y recuerdo que a las niñas que eran zurdas les ataba un taleguito a la mano izquierda para que no pudieran escribir con ella y aprendieran, quisieran o no, a ser diestras.

Lo que más interesaba a la maestra era que aprendiéramos a leer y a escribir bien y de ahí venía todo lo demás. Me acuerdo que nos mandaba hacer resúmenes, aprender ortografía, los verbos, los adverbios.... Aunque lo que más nos gustaba a nosotras eran los diálogos. La maestra nos ponía por parejas y nos escribía en un papel a cada una lo que teníamos que decir..., eran como poesías, pero entre dos personas y se las decíamos a la Virgen, tanto en clase como en la misa dominical. Luego también aprendíamos algunos poemas que ella nos enseñaba.

También me acuerdo mucho de las Matemáticas..., trabajábamos todos los días las operaciones básicas (sumas, restas, multiplicaciones y divisiones) y luego ya nos enseñaba las unidades de capacidad y volumen, los múltiplos y divisores, las figuras geométricas, los quebrados, las áreas y los volúmenes... Todas las mañanas, la maestra solía ponernos algunos problemas. Ella los copiaba en la pizarra y nosotras los hacíamos en el cuaderno. Luego le dábamos el cuaderno y ella lo corregía.

Y de esas otras materias, como la Geografía o la Historia...

Sí, esas también las trabajábamos por las mañanas, pero menos tiempo. De Geografía estudiábamos los ríos, las cordilleras, las costas, los golfos, los cabos, los cultivos que tenía España, algunos fenómenos como los relámpagos, las nubes o la formación del arco iris. Recuerdo que teníamos que aprender todo de memoria, sobre todo la formación de los ríos, dónde nacían, por qué lugares pasaban y dónde desembocaban y ya, de paso, aprendíamos algunas cosas sobre los monumentos de esas ciudades, o de qué vivía la población de allí. Todavía recuerdo aquella retahíla del río Ebro que nos hacían aprender... “El Ebro nace en Fontibre, cerca de Reinosa, provincia de Santander; atraviesa las provincias de Santander, Burgos, Logroño, Navarra, Zaragoza y Tarragona y desemboca en el Mediterráneo”... Después de setenta años, y sigo acordándome.

En cuanto a la parte de Historia, solo se estudiaba Historia de España: los griegos, los romanos, los fenicios, el Cid Campeador, los Borbones, los Reyes Católicos, la Hispanidad, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón... Todos eran hechos que pasaban en España y todos eran

hombres destacados los que los hacían; de mujeres no se hablaba, y la verdad es que tampoco se veían representadas en los libros, a no ser que fuera alguna santa.

De lo que me acuerdo bien es de la Historia Sagrada. Teníamos un libro cada una y también otro de catecismo. La maestra programaba con el cura los contenidos que nos tenían que enseñar y ahí aprendíamos la vida de los personajes relevantes de la Historia Sagrada, desde antes de nacer Jesucristo hasta que murió. Estos contenidos nos los daba la profesora. Y unida a esta asignatura estaba la parte de catecismo, que esa nos la daban en conjunto la maestra y el cura. El cura del pueblo solía venir al colegio cada dos por tres, cuando no nos preparaba la catequesis para comuniones, venía a ver si nos sabíamos el catecismo... Se llevaba muy bien con la maestra y pasaba por el colegio muchas veces.

¿No recuerdas haber trabajado la asignatura de Gimnasia?

No, nosotras no hacíamos nada de eso, ni los chicos tampoco. En el colegio no hacíamos ninguna actividad física, nuestro horario se limitaba a estar seis horas sentadas en el pupitre y a movernos lo menos posible.

En el currículum de 1945, también se hablaba como contenidos complementarios de aquellos relacionados con las Ciencias de la Naturaleza, la Música, el Canto, el Dibujo, los Trabajos Manuales o las Labores... ¿qué puedes contarnos sobre ellos?

De los que más me acuerdo son de los de Ciencias y los de Costura... La parte de Ciencias de la Naturaleza era en la que estudiábamos el estado de los cuerpos, los animales domésticos, las partes de una planta, los músculos, los aparatos y sistemas..., aunque no todos; del aparato reproductor, por ejemplo, no hablábamos. Me acuerdo que la maestra nos decía que a los bebés les traía la cigüeña, y en clase nunca hablamos de ningún tema relacionado con la menstruación y los embarazos, ni siquiera los de los animales, eran temas tabús, igual que en las familias...

Luego, la asignatura de Música como tal no la teníamos, aunque el Canto le practicábamos habitualmente a través de las canciones a la Virgen que cantábamos. También cantábamos algunas tardes de primavera, cuando salíamos a aprender juegos de corro y comba a la plaza del pueblo junto con la maestra.

La costura era una de las actividades que más practicábamos en la escuela. La realizábamos casi todas las tardes del año, una vez que habíamos terminado los deberes, y los jueves por la tarde era una asignatura obligatoria. En ella aprendíamos a hacer ojales, bordados, crucetilla, punto segoviano... En las tardes de primavera, nos salíamos con unas sillas a coser al patio, todas las niñas y la profesora. Hacer labores era una de las cosas que más nos gustaba hacer a las niñas. Cada una llevábamos nuestro costurero, y todos los trabajos que hacíamos nos los llevábamos a casa. De esta actividad no hacíamos examen, pero era obligatorio que supieras coser bien. Yo creo que nos gustaba tanto porque desde pequeñas ya en casa veíamos cómo nuestras madres cosían y ellas mismas nos iban enseñando cosas de costura que luego seguíamos aprendiendo en la escuela.

Cuando ya sabíamos coser, nos sentábamos por la tarde en la puerta de casa, con las vecinas, y aunque éramos pequeñas, pasábamos las horas allí sentadas con la aguja y el hilo en mano.

¿Cómo evaluaba la maestra todo lo que hacíais?

Pues... más o menos nos valoraba igual a todas, a veces apuntaba en el cuaderno cosas cuando nos sacaba a hacer alguna tarea a la pizarra, para ver cómo íbamos, y otras veces pues nos hacía algún examen..., aunque no te creas que hacíamos muchos, yo creo que también, como éramos chicas de diferentes edades en la clase, no nos podía poner el mismo examen a todas, así que ella iba controlando lo que aprendíamos cada una, casi al día. Explicaba en la pizarra lo que quisiera que aprendiéramos todas y luego ya si algunas estaban en un nivel más alto, pues les explicaba más cosas a esas chicas más mayores, y si no con saber cómo hacíamos los ejercicios pues ya estaba hecha la evaluación.

¿Con qué materiales contabais para trabajar en clase?

Con muy pocos... Nuestra escuela tenía pocos recursos. Los alumnos éramos los encargados de comprar nuestro propio material para aprender. Recuerdo que llevábamos una Enciclopedia que se iba pasando de hermanos a hermanos, un cuaderno y una pluma y ese era el material que utilizábamos a diario junto con un libro de Historia Sagrada y un Catecismo que también nos compraban nuestros padres. La Enciclopedia era el material que más se usaba; la utilizábamos para todas las asignaturas, lo mismo daba Lengua que Matemáticas que Geografía. Era un libro bastante grande en blanco y negro y tenía algunos dibujos en cada página. Recuerdo que venían muy pocos ejercicios en ella y por eso la maestra nos los tenía que poner en la pizarra y nosotras copiarlos y hacerlos en el cuaderno.

Luego, en el aula, el único material que había era un mapa físico de España, que utilizábamos para aprender cosas de Geografía... La maestra traía alguna cartilla de su casa para enseñarnos a leer y algunos libros para las más mayores, pero apenas se utilizaban, porque en nuestros ratos libres nos poníamos a hacer costura. Para aprender costura, teníamos que llevar un costurero lleno de hilos de colores y de distintas formas, tijeras y dedal.

Gracias a la maestra y a su solidaridad nosotras podíamos tener algo más. Las escuelas de los pueblos estaban abandonadas y los niños aprendíamos con lo poco que teníamos. Fíjate que, por no haber, no teníamos ni un triste balón para jugar en los recreos... Las piedras, los palos, las flores y las cosas de la calle nos servían como juguetes... De más mayores, algunas veces nos llevábamos una cuerda de casa y la utilizábamos para jugar a la comba. Los niños también se llevaban alguna pelota que tenían en casa para poder jugar, aunque la verdad es que en casa tampoco teníamos mucho que llevarnos porque que yo recuerde, la mayoría de nosotros no teníamos ni juguetes.

¿Qué papel jugaba Sección Femenina en la escuela de estos años?

Ninguno. Ni en la escuela, ni en la vida del pueblo. No fue hasta bien entrados los años cincuenta cuando empezaron a realizarse aquí en el pueblo cursos para las mujeres de Sección Femenina. Yo ya estaba casada y me acuerdo que venían dos mujeres a enseñarnos a coser y a cocinar, pero durante los primeros años de la posguerra, ni siquiera oíamos hablar sobre esta organización. Los pueblos estaban incomunicados y abandonados y las escuelas todavía más.

¿Hacíais alguna actividad fuera del aula?

La verdad es que no muchas. En el mes de mayo íbamos todas las niñas con la maestra a coger flores al campo, para la Virgen. Solíamos ir por las tardes, a los prados que estaban al lado de la escuela, y allí cada una cogíamos un ramito y después se le poníamos a la imagen de la Virgen de la Purísima que teníamos en clase.

También recuerdo, al poco de entrar en el colegio, que vino Franco a Segovia para ver a la Virgen de la Fuencisla. Venía desde Madrid en un tren y la maestra se enteró y nos llevó hasta la vía del tren, que pasaba cerca del colegio, para que le saludáramos. La verdad es que las niñas lo único que sabíamos de él era lo que oíamos en casa y en la calle. Todo el mundo hablaba bien de Franco y a nosotros eso fue lo que nos enseñaron.

¿Desde el colegio los maestros transmitían ideas políticas? ¿Y las familias?

Con la maestra no es que habláramos mucho sobre esos temas..., la verdad es que nosotros no cantábamos el “Cara al sol”, como luego les enseñaban a los niños unos años más adelante aquí. En la posguerra, la gente no sabía lo que iba a pasar y yo creo que preferían mantenerse callados y cuidarse de no mostrar mucho sus ideas, ni de un bando ni de otro. Sí que es verdad que, de todas formas, en clase no faltaba el cuadro de Franco y que todos los años el día que hacía el aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera las niñas, junto con la maestra, íbamos a misa, pero nada más.

Las familias tampoco te creas que hablaban mucho, la gente tenía miedo de que la mataran y el tema de la política ni se mencionaba.

¿Existía alguna relación entre la escuela y la Iglesia?

Claro que sí..., en esos años la Iglesia estaba metida en todos los aspectos de la vida y, cómo no, también en la escuela. El cura vivía aquí en el pueblo. Los niños le teníamos pánico porque era un señor que te metía un capón como viera que algo no lo hacías bien..., y por la escuela iba cada dos por tres. A nosotras nos iba allí a dar clase de catequesis, a preguntarnos por el catecismo, a darnos lecciones de Historia Sagrada... La maestra se llevaba muy bien con él. Siempre que venía a vernos a la escuela ella le atendía educadamente y también ella participaba en algunos actos de la Iglesia, sobre todo en las comuniones y en las confirmaciones de las niñas.

Luego, en clase, la mayoría de las lecturas que leíamos las niñas eran referidas a temas religiosos, la vida de Jesús, de los santos, los milagros de la Virgen María..., pasamos muchas horas de la escolaridad rezando padrenuestros, aprendiendo oraciones, versos para la Virgen..., pero nosotras no lo veíamos como algo malo, todo lo contrario, nos gustaba mucho aprender cosas de la Iglesia, porque en esos años la religión estaba muy presente no solo en la escuela sino también en la sociedad, y a nosotras nos transmitieron esas enseñanzas desde bien pequeñas. Teníamos la religión muy metida dentro y nos hicieron tener unas creencias que hemos seguido manteniendo.

Recuerdo que las niñas todas las tardes, después de salir del colegio, solíamos ir a misa o al rosario, para nosotras era divertido porque era una forma de salir de casa y lo mismo pasaba de mayores... Igual que a la maestra, al cura le teníamos mucho respeto. Yo me acuerdo que, de niña, cada vez que pasaba por su casa me santiguaba, y me acuerdo que una vez en Carnaval me disfracé de chico, me puse unos pantalones y aunque estaba disfrazada, el cura me criticó mucho porque decía que llevar pantalones no era propio de una mujer.

Es tanta la vinculación que nos hicieron tener hacia la Iglesia que todo lo que recuerdo de mi infancia tiene algo que ver con ella: comuniones, confirmaciones, bautizos, Semanas Santas, fiestas en honor al patrón del pueblo, a la Virgen, a los santos... En esos años todo era religión y nosotros debíamos respetarlo. Rezábamos por todo y a cualquier hora, nos hicieron tener mucha fe y eso es algo que los que fuimos niños de esa época aún llevamos dentro.

¿Y entre la familia y la escuela?

Muy poca... Casi la totalidad de las familias de los niños del colegio eran de clase humilde y en muchos casos veníamos de familias analfabetas. Eso hacía que los padres no se involucraran mucho en la escuela y lo que hicieran los maestros, bien hecho estaba.

El único contacto que tenían las familias con la escuela era el día que llevaban a matricular al alumno. Después, los padres se encargaban de que llevaran a clase los materiales que el maestro les decía y ya está..., ni siquiera les acompañaban ni recogían del colegio. Al estar en el pueblo y no haber coches, pues los niños desde pequeños se acostumbraban a ir solos y las familias no se preocupaban mucho de ellos..., en realidad cada uno ya tenía bastante con lo que tenía... Que yo recuerde, en todos los años que fui a la escuela nunca vi intervenir a ningún padre allí..., es que en esos años se les tenía mucho respeto a los maestros y lo que dijeran "iba a misa". Los padres no rechistaban nada de lo que el maestro dijera.

Cuando los niños salíamos del colegio, si había que hacer tareas las hacíamos solos, difícilmente podían los padres ayudarnos si la mayoría no sabía leer ni escribir..., y después de hacer las tareas íbamos a ayudarles en lo que pudiéramos, así hasta que ya te veían un poco mayor o se terminaba la escuela y directamente te dedicabas a hacer lo que ellos hacían, las niñas a ayudar a las madres y los niños a los padres. Conforme pasaban los años, la escuela iba perdiendo importancia a favor de la ayuda en casa.

¿Qué diferencias había entre la educación de los niños y la de las niñas?

Todas. A nosotros nos educaban diferente ya desde la cuna, a ellos les vestían siempre de azul y a nosotras de rosa y a partir de aquí todo eran diferencias..., desde pequeños se decía que los chicos eran brutos, que no tenían que llorar porque eran hombres..., las chicas eran de otra manera, más dulces, más tranquilas..., sentías más pena por ejemplo si veías a un chico llorar que si veías a una chica..., siempre las chicas hemos sido más débiles porque así nos han educado en la familia y también en la escuela.

Cuando íbamos al colegio, ya veíamos que a cada uno de nosotros nos enseñaban cosas distintas y no nos dejaban estar juntos ni el patio. Te voy a decir que yo estuve un montón de años en la escuela y no sé si alguna vez llegaría a entrar al aula de los niños. Yo creo que no, la veía por la ventana, porque estando allí el maestro, dando clase, no podías entrar de ninguna manera. Ni los niños entraban en nuestra clase, ni nosotras entrábamos en la suya, pero recuerdo, ya te digo (por la imagen que tengo desde la ventana), que la clase masculina era igual que la nuestra, con el mismo suelo, los mismos bancos de madera, los pupitres orientados a la mesa del profesor que estaba justo al lado de la pizarra y encima el crucifijo. Ahora, de lo demás, poco te puedo decir, porque nosotros no nos mezclábamos dentro de las horas del colegio con los chicos, para nada, yo no sé ni lo que hacían en clase, ni lo que les enseñaban, ni nada...

Y luego los chicos que no querían estudiar o que los padres eran más pobres, salían muy pronto de la escuela, a los ocho o diez años, mientras que las niñas, aunque la familia estuviera apurada, solía dejarlas ir a la escuela un poco más de tiempo, hasta los doce años, o así. Y es que las diferencias entre hombres y mujeres no solo las veíamos en la escuela, sino también en casa... Por ejemplo, en los pueblos las mujeres no iban jamás al bar, estaba mal visto..., en cambio los hombres, pasaban mucho tiempo allí echando la partida, tomando algo y charlando..., entonces eso de ir al bar las mujeres de ninguna forma..., ni fueran del pueblo, ni de cualquier lugar, estaba mal visto que fueran a la taberna. Dentro de la sociedad la mujer no era nada de valiosa, así te lo digo, la mujer importaba en lo que era el ámbito doméstico, pero fuera..., no, fuera el mundo estaba dominado por los hombres, y las mujeres les tenían mucho respeto. Si el hombre daba una voz en casa o donde fuera, ¡cuidado!, las mujeres a callar. Allí no se contestaba y por supuesto, la imagen que te puedo yo dar de los pueblos es que las decisiones importantes en la casa las tomaba el hombre..., eso cuando eras pequeña, tu padre era el que mandaba, y luego cuando te casabas lo mismo te digo, se hacía lo que decía el marido, la mujer se tenía que callar, la gustara o no, estuvieras de acuerdo con lo que decía él o no, no quedaba otra que aguantar, la opinión de la mujer no contaba para nada..., y así fue como a nosotros nos lo enseñaron desde bien pequeñas, siendo mujer en un pueblo no tenías nada que hacer, por eso a nosotras no nos dieron la posibilidad de seguir estudiando.

A la mujer la educaban para ser una persona sumisa, sumisa primero a los padres y después al marido y a las opiniones de la gente de la calle, y encima pues una persona excluida de todo, de los actos sociales, de la participación en cosas públicas..., obligada a ser limpia y cristiana, a pasar

su vida entre la iglesia y la casa, cuidando a los hijos y dedicándose a hacer las labores..., para eso la educaban.

Siendo así, cuando una niña terminaba el periodo escolar, ¿qué posibilidades tenía de realizar estudios superiores?

En el pueblo..., ninguna. No conozco a ninguna mujer que siguiese con sus estudios después de la escuela; en cambio de hombres de mi edad sí, al menos recuerdo a cuatro que hicieron estudios de Bachillerato. Es que... las familias de clase social baja preferían que sus hijos les ayudaran a las labores antes que estudiar..., el estudio no se veía como algo demasiado relevante y en familias pobres, menos. Aquí hubo chicos que lo que sí hicieron fue estudiar para ser curas, en el seminario. Estos chicos provenían de familias pobres..., que les veía yo ir a segar con sus padres..., pero destacaban en los estudios y las familias decidieron animarles para que siguieran estudiando. El seminario era una buena salida para poder estudiar, aunque no te creas que lo pasaban nada bien en el seminario. Yo lo sé por mi primo el cura, que decía que pasaban hambre. Él se iba muchas veces a casa de mi tía para que le hiciera un bocadillo, porque allí no les daban bien de comer. Desde luego, no era una ganga el estar en el seminario; tuvieron la oportunidad de estudiar, pero nada más.

Cuando yo terminé la escuela, la maestra animó a mis padres para que yo siguiera estudiando, pero ellos decidieron que con los estudios primarios era bastante. No teníamos muchos recursos y como todos mis hermanos habían muerto a mí me tocaba ayudar a mis padres en lo que podía. Con mi padre iba a segar todos los veranos y luego con una parejilla de vacas hacíamos entre los dos las tierras. A veces mis primos nos ayudaban. Siempre añoré tener un hermano que nos hubiera podido ayudar. En los pueblos tener hijos varones era muy importante para los negocios familiares, y las mujeres no valíamos nada.

A mí, con catorce años, me mandaron a aprender a coser a Segovia, a casa de una señora que se la daba muy bien la costura y luego mi madre y mi tía pues me enseñaban a llevar la casa. Tuve suerte de que no me mandaran a trabajar porque a la mayoría de las mujeres de familias pobres, en cuanto valían, los padres las mandaban a servir a Segovia, a casa de gente pudiente para traer dinero a casa. Las pobrecillas lo pasaban fatal porque no las trataban bien.

¿Crees que las mujeres que vivían en Segovia capital tenían más posibilidades de formación que las de los núcleos rurales?

Sí, ellas tenían los centros más cerca y en Segovia yo creo que se vivía de otra manera; aunque la mujer no estaba bien considerada, al menos en la ciudad había más posibilidades de formarse. Una prima mía, por ejemplo, se hizo maestra.

La verdad es que, aunque la mujer estaba muy discriminada, yo he estado contenta de ser mujer, lo único que cambiaría de mi vida sería lo de estudiar, a lo mejor si hubiera sido chico me podría haber metido en algún sitio y haber seguido estudiando, ellos si tenían oportunidades si querían

estudiar. Aunque de todas formas en los pueblos eso de seguir estudiando después de la escuela primaria es que no se estilaba, la gente a los catorce años se ponía a trabajar, a ayudar a la familia y nada más. Y yo creo que ni aun siendo chico mis padres me hubiesen puesto a estudiar, incluso si hubiera sido chico todavía menos, porque a ellos les interesaba tener una persona que les ayudara en las labores del campo y no una persona con un cabás...

Como reflexión final, ¿podrías comentar qué recuerdo te quedó de la escuela de aquellos años?

A mí la escuela siempre me pareció muy importante, gracias a ella aprendimos lo que hoy sabemos, a leer, a escribir, a contar... Eso hoy parece una tontería, pero antes la mayoría de las familias eran analfabetas, y que sus hijos supieran estas cosas era muy importante para que no les engañaran cuando hacían negocios o cuando tenían que firmar papeles. Aún recuerdo cómo mi tía firmaba los documentos con la huella dactilar porque no sabía escribir... El ir a la escuela era algo que todo el mundo valoraba.

Si algún recuerdo bonito precisamente me queda de mi infancia, es el recuerdo de los años de la escuela.